

Nota 9

Tepito, Ciudad de México, sábado 24 de junio de 2017

Llegué al barrio a las 11 de la mañana, tal y como Iván me lo había pedido. Una vez más, especulé acerca de lo que podía llegar a ocurrir para impedir que lleváramos a cabo la entrevista. Lo primero que vino a mi cabeza es que a esa hora se estaba llevando a cabo un juego de futbol de la selección mexicana y que eso podía, de alguna manera, funcionar en mi contra. Aunque debo admitir que estaba en una fase de resignación, intuí que la respuesta de Iván volvería a ser negativa y simplemente quería corroborarlo, ver cuál podría ser la variante en el discurso de ese día. También quería hacer algunas observaciones propias del nuevo contexto que sabía que encontraría un día como ese.

En efecto, la cara del barrio era totalmente diferente en sábado, porque los fines de semana tiene lugar la mayor actividad comercial. Es como si en sábado todo mundo tuviera trabajo o algo que hacer. La esquina no era la excepción y lo que vi me sorprendió mucho, como si todos los hombres que solían pasar ahí el rato y hacer gala de sus adicciones estuviesen en una faceta por completo diferente, integrados en la vida comercial de los alrededores. Lobo

salió de la unidad habitacional, de la que Iván siempre entraba y salía, con un diablo atiborrado de cajas, seguido por dos hombres en las mismas condiciones. Se apresuraron a llevar esa mercancía a algún local. El Muñeco —el joven que nos contó la anécdota de cómo perdió su marihuana— también pasó jalando un diablo y cruzó una calle a toda velocidad.

Iván estaba en la esquina grafiteada, dormitando en su silla de metal plegable. Llevaba una playera blanca, a primera vista cubierta por manchas negras que de cerca eran diminutos rostros de Mickey Mouse, y llevaba una gorra que prácticamente le cubría el rostro. Beto estaba recargado en un automóvil, respondiendo mensajes de WhatsApp y comiéndose una sevillana, pero también dando instrucciones a sus clientes cuando llegaran acerca de cómo tenían que acomodar sus autos. Era la primera vez en todas mis visitas a la esquina en la que los vi en su faceta de franeleros. Desperté a Iván y lo saludé; él le dijo a Beto que atravesara en la banqueta uno de los autos que les habían encargado para poder dormirse en el cofre. Supuse que debía ser más cómodo que dormir en la silla, que por lo menos podría recostarse bien.

Decidí sentarme en el piso junto a Iván y conversar acerca de la razón por la cual estaba tan cansado; me dijo que la noche anterior se había ido de fiesta con unas muchachas. Le pregunté adónde había ido a cotorrear y él respondió en un tono cortante: “A otro lado”, con esa envidiable capacidad para

escabullirse de las preguntas. Desde el local de fierro viejo se escuchaba una radio con el partido de futbol. Iván me dijo que prefería no ponerle atención, porque cuando lo hacía, la selección mexicana perdía. Un matrimonio de la tercera edad bastante bien arreglado nos saludó al pasar y el hombre dijo:

—Mi Iván, se anda durmiendo en lugar de ver el partido.

—Lo estamos escuchando, patrón —pero casi inmediatamente volvió a quedarse dormido.

Fer pasó del otro lado de la calle con unas bolsas de comida, entró en la unidad habitacional en la que parecía vivir, y unos minutos después salió a sentarse en el puesto de metal y a cargar su teléfono celular. Yo lo saludé desde lejos y Beto sí cruzó la calle para saludarme con un choque de mano y puño. Un adolescente que nunca había visto apareció en la esquina; no me saludó ni me habló, sólo se recargó en un automóvil y nos miró a Iván y a mí. Pienso que quería hablar con Iván, pero no se animó a despertarlo y yo estaba en una situación bastante similar. El chico se fue.

Después de varios minutos, decidí despertar a Iván y preguntarle si quería echarle un ojo al block. Y contestó, como el *Bartleby* de Herman Melville, que “preferiría no hacerlo”. Me dijo que tenía una fuerte resaca y me pidió regresar ese día en la noche u otro día. Afirmó que el sábado por la noche el ambiente de la esquina era más festivo, porque salía más gente a fumar marihuana y que

algunos aprovechaban el puesto de metal para jugar baraja y apostar. Yo le dije que intentaría volver, aunque no iba a hacerlo, porque sabía lo que ocurriría de presentarme en la noche. También sabía que la entrevista no iba a efectuarse. Me despedí amablemente y crucé la calle. Fer estaba con una mujer que, a juzgar por su gran parecido físico, tenía algún parentesco con él; ella me dio los buenos días de manera sumamente amable y yo respondí de igual forma mientras seguía mi camino.